

## *Prof. Emérito Domingo Prat*

1882 - 1973



Hijo de un hogar dignísimo formado por Don José Prat y Doña Agustina Bessonat, ambos bearneses, Domingo Prat nació en Nuevo París, Montevideo, el 27 de setiembre de 1882. Su padre llegado a Montevideo en 1863, después de una travesía en velero que llevó seis meses fue un industrial honesto, laborioso y de extrema bondad que contribuyó eficazmente al progreso industrial de la curtiembre en el Uruguay. Su madre fue una espléndida mujer, hacendosa y emprendedora, estímulo permanente para su esposo e hijos.

El Dr. Prat no heredó de sus padres nada más que virtudes: honestidad acrisolada, amor al trabajo, dedicación y entusiasmo para la carrera emprendida y exitosamente culminada, respeto permanente por los demás.

Después de cursar Enseñanza Secundaria en la Universidad de la calle Cerrito y Patagones, ingresó en 1903 a la vieja Facultad de Medicina de Sarandí y Maciel, fue director en 1905 y se graduó en 1909.

Recorrió con paso firme, tenacidad y perseverancia ejemplares las distintas etapas que había de conducirlo al Profesional Titular:

Jefe de Clínica, viaja a Europa (1910-1911) becado por la Facultad de Medicina con la misión de estudiar el funcionamiento de los Laboratorios, Jefe de Laboratorio, Profesor Agregado de Patología Quirúrgica, Profesor Agregado de Cirugía, Profesor Titular de Medicina Operatoria y Anatomía Topográfica, Profesor Titular de Patología Quirúrgica, Profesor de Clínica Terapéutica Quirúrgica, Profesor de Clínica Quirúrgica, Profesor y Director del Instituto de Clínica Quirúrgica, Profesor Emérito (1951).

Paralelamente el Dr. Prat realizó una magnífica carrera en Salud Pública iniciada como Practicante Externo en 1904, y culminada en 1929 como Jefe de Servicio del Hospital Pasteur después de haber tenido a su cargo toda la cirugía de urgencia de Montevideo. Desempeñó el cargo de Cirujano de Urgencia, ininterrumpidamente, de 1912 a 1929.

Activo integrante de la Sociedad de Medicina del Uruguay, fue socio fundador de la Sociedad de Cirugía que presidió en los años 1933 y 1946, y de la que fue un entusiasta y ejemplar integrante, concurriendo asiduamente, a pesar de los progresos de la edad, hasta que su salud se lo permitió.

Trabajador incansable, documentó pormenorizadamente todo lo que la experiencia le iba enseñando y en particular en los que a Cirugía de Urgencia se refiere, hay que recurrir a lo publicado por él en el período que actuó en ella, para estar debidamente informado al respecto. Fruto de esa labor perseverante y sin descanso, publicó más de 250 trabajos científicos en el país y en el extranjero, 9 obras de cirugía, entre ellas "El Ileo", "Hidatidosis ósea", "Patología de las vías biliares", "El drenaje en cirugía"; participó en numerosos eventos científicos nacionales y extranjeros e integró el Consejo de la Facultad de Medicina como Delegado de los Profesores y la Comisión Honoraria de Salud Pública.

Fue además un deportista entusiasta. Socio fundador y primer capitán del Club Nacional de Football (1899), actuó cuando la obtención del Primer Campeonato del Río de la Plata (13 de setiembre de 1903) y fue su Presidente en el período 1903-1911. Socio activo del Círculo de Armas fue un entusiasta cultor de la pelota vasca a share.

Tres etapas fundamentales, lo hemos dicho ya alguna vez, jalonan la vida de estudiante y de médico, hasta acceder al Profesorado Titular, de quien escribe estas líneas. El primer jalón se llama Alfonso Lamas; el segundo, Domingo Prat; el tercero Juan Carlos Del Campo. Nos fue dado pues el extraordinario y singular privilegio de formar nuestra personalidad de cirujano al lado de tres maestros verdadera-

mente excepcionales de nuestra docencia universitaria, reales figuras señeras en la historia de nuestra Facultad.

En la Clínica de Lamas, aquel maestro de personalidad inconfundible que ejerció sobre tantos de nosotros una influencia que se prolonga a través del tiempo como un alerta permanente durante el ejercicio de la profesión y de la docencia, conocimos a Domingo Prat y empezamos a ser su discípulo. En su Clínica, continuación de la de Lamas, nos dispensó a todos las máximas facilidades y oportunidades para nuestro aprendizaje lo que genera un reconocimiento que viene de lo hondo, que se fue acentuando a medida que los años pasan y cuya reiteración pública, en el duro momento de la partida, alivia la conciencia, siquiera en parte, de la inmensa deuda de gratitud hacia él.

En diez años pasados a su lado como asistente, nos enseñó a operar a la vez que nos permitió apreciar sus excelentes condiciones de clínico práctico que transmitía su conocimiento en forma clara y precisa, sin adornos innecesarios, su depurada técnica quirúrgica, su espíritu de trabajador infatigable que fue arista saliente de su personalidad científica y su hombría de bien que junto a su natural bondad hicieron de él un hombre en muchos aspectos verdaderamente excepcional, a quien fue fácil y grato amar y respetar.

Debe repetirse que el esfuerzo por documentar todo lo que la experiencia le iba mostrando y por enseñarlo a los más jóvenes fue hecho destacable en la labor científica desarrollada por el Prof. Prat. Hay momentos de la vida quirúrgica del país, en que es necesario recurrir a lo publicado por él para estar correctamente informado.

Evocamos al redactar estas líneas, con real emoción, la Puerta del Maciel de nuestros años de internos, donde tres brillantes cirujanos de Salud Pública, junto con Prat, realizaban, pue-

de decirse sin exageración, casi toda la cirugía de urgencia del país: Albo, Devicenzi e Iraola.

Su clínica mostró las características salientes de las de su predecesor; el culto devoto y exigente de la verdad y el respeto severo y rígido al enfermo. El acierto no sirvió de vanagloria y el error ni se ocultó ni se disimuló, sino que se analizó públicamente y fue sabia y valientemente utilizado para aprender y para superarse.

Hombre naturalmente bueno, congenitalmente bondadoso, nunca lo vimos tan irritado como frente a la mentira, cualquiera fuera la forma que esta tomara. Su generosidad fue proverbial y a lo largo de su vida de Profesor de la Facultad y de Cirujano de Salud Pública formó cirujanos y formó hombres lo que podría ser testimoniado por decenas de médicos y cirujanos esparcidos por todo el país que deben haber experimentado un profundo pesar al enterarse de su partida definitiva.

Bondad, seriedad, honestidad acrisolada, hombría de bien, humildad, sencillez, generosidad, capacidad científica, técnica depurada y un permanente afán por superarse y porque se superaran los que lo rodearon definen sin la menor exageración, con rasgos saliente y firmes, al hombre de relieves verdaderamente singulares, que se nos fue recientemente.

Bien está que desde el seno de la Sociedad de Cirugía a la que honró con su dedicación, su sabiduría y su experiencia, a la que regaló hasta muy próximo al final su figura de señor bondadoso y amable, le expresemos junto con el adiós definitivo, el testimonio de nuestro respeto, nuestra admiración, nuestro homenaje y algo que él hubiera valorado altamente: nuestro cariño. Todo ello con una profunda y por momentos amarga emoción ya que con él se ha ido un pedazo de nuestra vida de médicos que da a esa emoción un sentido de desgarramiento indefinible.

*J. A. Piquinela.*